

Fátima Gordillo Santiago

Nuestras diosas
De las venus paleolíticas
a las vírgenes negras

Orígenes, simbolismo y continuidad
de los cultos femeninos
desde la antigüedad europea



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Esoterismo

NUESTRAS DIOSAS. DE LAS VENUS PALEOLÍTICAS A LAS VÍRGENES NEGRAS.

Fátima Gordillo Santiago

1.^a edición: marzo de 2025

Corrección: *M.^a Ángeles Olivera*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2025, Fátima Gordillo Santiago (texto e imágenes)

(Reservados todos los derechos)

© 2025, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-234-6

DL B 18644-2024

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S.A.

Verdaguer, 1 - 08786 Capellades - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Roberto, mi marido,
por estar siempre a pesar de todo.*

*A Laura W.,
que ahora está junto a la Madre.*

*«Somos como el fuego que duerme en la rama seca o en el pedernal,
y luchamos e intentamos encontrar en todo momento
el fin de nuestra estrecha prisión.*

*Pero acaban llegando los momentos de la liberación
que compensan siglos de lucha, momentos en que lo divino
sale de su celda, en que la llama se desprende de la madera
y se eleva victoriosa sobre las cenizas, en que nos parece
que el espíritu libre, olvidadas las penas y la servidumbre,
vuelve en triunfo a las galerías del sol».*

HÖLDERLIN

INTRODUCCIÓN

El libro que tiene en las manos ha sido escrito y reescrito varias veces. Esta versión no es la primera ni la segunda... ni la tercera. Inicialmente, la idea de este trabajo era hacer un recorrido por las vírgenes negras en España, hablando de su historia, simbolismo, iconografía, etc. Sin embargo, después de llegar al final del primer capítulo, al investigar las relaciones del culto mariano con el de los femeninos paganos, en especial gracias a los trabajos de Marija Gimbutas, me di cuenta de que iniciar la historia de las vírgenes negras en los orígenes del cristianismo y en las influencias paganas que tuvo inevitablemente en sus primeros siglos de vida, era quedarse muy muy corto.

Cuando hablamos de culto mariano da la impresión de que se trata de algo en exclusiva cristiano, y no de todos los cristianos. Incluso si nos referimos a las influencias de Isis o de Cibeles, asumiremos que se trata de deidades diferentes, sin relación alguna entre ellas, cuando la verdad es justo lo contrario. La realidad es que los cultos femeninos que se documentan en la época paleolítica fueron el germen, el inicio de todos los cultos femeninos que vinieron después. La gran mayoría de la iconografía, la mitología, los atributos y la simbología de aquellas primeras deidades se transfirieron a las distintas versiones que fueron apareciendo a lo largo del tiempo. La gestación de la Gran Diosa como idea es la fuente de la que beben todas las diosas o cultos femeninos. Creer que Atenea no es lo mismo que Hera porque una era una virgen guerrera y la otra la protectora de los matrimonios y los compromisos, o que Isis no es lo mismo que la Virgen María porque Isis era diosa de la magia, esposa de Osiris, mientras que María no es una diosa, sino una mortal elegida para ser la madre de Dios encarnado, es una visión en extremo limitada, que apenas logra arañar la superficie de lo que han representado para la humanidad los cultos femeninos que, además, en

sus orígenes, podían integrar también lo masculino a través de un aspecto andrógino.

Lo que llamamos «cultos femeninos» obedece a la naturaleza intrínseca de lo humano y, como tal, no son puramente femeninos, sino que en muchas ocasiones lo que encontramos al estudiarlos es cierta ambigüedad, donde lo masculino y lo femenino están presentes de alguna manera, juntos y polares pero armonizados. Una de las grandes aportaciones de **Gimbutas**¹ a la interpretación de las sociedades paleolíticas y neolíticas ha sido romper con la idea tradicional de que nuestra sociedad patriarcal es la evolución y contraposición a las primitivas sociedades matriarcales, entendidas como lo contrario la una de la otra. Es decir, si en las sociedades patriarcales el poder lo ostenta el hombre y es el hombre el que domina a las mujeres, en las sociedades matriarcales es la mujer la que tiene el poder y la que domina al hombre. Sin negar que existan o hayan existido sociedades matriarcales, lo que Gimbutas descubrió fue que, en gran medida, los grupos humanos anteriores al patriarcado no eran matriarcales, sino sociedades donde la mujer tenía un rol importante dentro de la sociedad, pero sin que eso fuera en detrimento de los hombres, es decir, lo femenino era importante sin ser lo dominante, porque la naturaleza se entendía como un contexto sagrado en el que la dualidad era omnipresente y estaba siempre armonizada, y la sociedad, como reflejo de esa naturaleza, intentaba imitarla. Así, los cultos femeninos no lo eran por estar centrados en la mujer o ser exclusivos de ella, sino porque atendían a un principio de cooperación que no excluía las partes, sino que las integraba. Ése ha sido, en la gran mayoría de las deidades femeninas que han pervivido hasta nuestros días bajo otros nombres y otras representaciones, el valor principal: la concordia, la armonía, la mediación, el puente, la integración y, en definitiva, la llamada a la unidad.

Tras vislumbrar todo esto, no me era posible hablar de las vírgenes negras (o de las vírgenes sencillamente) como un ente aislado, diferenciado o exclusivo de una época y de una cultura. Los cultos femeninos

1. Marija Gimbutas, arqueóloga y antropóloga lituana que introdujo en sus investigaciones el estudio de la lingüística y los mitos para tener una mejor interpretación de los contextos culturales de la Edad del Bronce en la «vieja Europa».

y los masculinos pertenecen a todas las épocas y a todos los pueblos pasados, presentes y futuros; pertenecen al imaginario colectivo humano, es una percepción innata que, cada vez que se ha intentado aplastar o ignorar a lo largo de la historia, ha vuelto a surgir con la misma o más fuerza, como cuando se intenta hundir una boya bajo el agua.

La idea central de este libro, donde abundan las palabras, las fechas y los datos es, en el fondo, muy sencilla. Se trata de la continuidad. No en el sentido de una cultura que acaba pasado un tiempo, de dioses que desaparecen y, en su lugar, aparecen otras culturas con otros dioses semejantes. No es una continuidad de gentes diversas con sus distintos intereses y cultos. Hablamos del hilo que une a todos los seres desde el principio de la historia como las cuentas de un collar. Si bien los romanos pueden parecernos muy diferentes de los hindúes, de los escitas o de las personas que pintaron Altamira, lo cierto es que sus intereses, sus inquietudes y sus concepciones de lo trascendente no eran tan distintas. En lo que llamamos ser humano hay una esencia que se reviste de formas culturales o religiosas aparentemente distintas a lo largo del tiempo y el espacio, pero hay algo en todo eso que continúa, que sigue vivo y latiendo desde que el primer humano tomó conciencia de sí mismo hasta ahora.

Imagino que el orden en que está planteado este libro puede resultar un tanto extraño, pero tiene una razón de ser. En el primer capítulo abordamos lo que, de seguir una trayectoria lineal, sería casi el final. Sin embargo, la decisión de ubicarlo al principio obedece a que, para la gran mayoría de los lectores, seguramente, la historia del culto mariano será, a la vez, lo más conocido y lo más desconocido. En este capítulo encontrará muchas historias familiares y, luego, orígenes y razones que es posible que no supiera. Con esto queremos abrir la mentalidad del lector a lo que vendrá después, pues, si es capaz de sorprenderse sin airarse, si eso le incita a buscar más información, a leer otros libros y a mirar las imágenes de la Virgen con una visión más amplia, continuar el recorrido por los siguientes capítulos será algo más fácil.

Fátima Gordillo Santiago

PRIMERA PARTE



ORIGEN DEL CULTO MARIANO

A poco que echemos un ojo al calendario de celebraciones y fiestas populares de los pueblos católicos, nos costará entender que hubo un tiempo en el que el culto a María era prácticamente inexistente. De hecho, hasta finales del siglo XI y a lo largo del XII, no se produjo la explosión y expansión del culto mariano tal y como lo conocemos hoy, sobre todo gracias a san Bernardo de Claraval, sobrino, por cierto, de uno de los nueve fundadores de la orden del Temple y redactor de la regla de los caballeros.

El cristianismo nace dentro de judaísmo, una cultura de tradición en esencia patrilineal y monoteísta, donde la deidad, aunque no tiene representaciones, es valorada en las expresiones lingüísticas como masculina: es *el Señor Dios*, el Creador, el Vengador, el Señor de la promesa, El que bendice y maldice, El que otorga la ley... Sin embargo, en la historia del pueblo judío no siempre fue así. Como pueblo semítico del Levante mediterráneo, nómada en su inicio, convivieron y compartieron los cultos de la época y de las zonas donde se establecían. Así, en Jeremías 7-17 se lee lo siguiente:

¿No ves lo que hacen en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén? Los niños recogen leña y los padres encienden el fuego, las mujeres amasan la pasta para hacer tortas a la Reina del cielo; vierten libaciones en honor a dioses extranjeros para irritarme.

El entorno en que se desarrolló el pueblo judío era fundamentalmente politeísta y contaba entre sus cultos con una amplia diversidad

de deidades, tanto masculinas como femeninas, a las que no fueron ajenos en etapas tempranas de la creación identitaria hebrea. Los arqueólogos Israel Finkelstein y Neil Asher Silberman, en el libro *La Biblia desenterrada*, hacen un interesante análisis de la Biblia a la luz de las pruebas arqueológicas, y revelan, entre otras cosas, cómo y por qué se consolidó el culto a Yavéh como única deidad del pueblo judío:

El núcleo histórico de la Biblia nació en el bullicio de las atestadas calles de Jerusalén, en los patios del palacio real de la dinastía davídica y en el Templo del Dios de Israel. En fuerte contraste con los incontables santuarios de Oriente Próximo y su buena disposición ecuménica para mantener relaciones internacionales mediante la veneración de deidades y símbolos religiosos de sus aliados, el Templo de Jerusalén se mantuvo porfiadamente solo. Como reacción a la rapidez y amplitud de los cambios provocados en Judá desde fuera, los dirigentes jerusalemitas del siglo VII,¹ encabezados por el rey Josías —descendiente del rey David en la decimosexta generación—, declararon anatema cualquier rastro del culto extranjero, por considerarlo, de hecho, causa de las calamidades que afectaban a Judá por aquellas fechas, y emprendieron una vigorosa campaña de purificación religiosa en las zonas rurales, ordenando la destrucción de santuarios y declarándolos origen del mal. A partir de ese momento, el Templo de Jerusalén, con su santuario interior —el *sancta sanctorum*—, el altar y los patios circundantes, situado en lo alto de la ciudad, sería reconocido como el *único* lugar legítimo de culto para el pueblo de Israel. Con aquella innovación había nacido el monoteísmo moderno.

Esta decisión política fue movida, según Finkelstein y Silberman, por la ambición de Josías y su deseo de convertirse en el rey de un único pueblo que agrupara a todas las tribus de Israel bajo un único mandato, para lo que fue muy útil crear un relato de cohesión, un «ancla espiritual», como lo definen los autores, «no sólo de los descendientes del

1. Antes de Cristo, se entiende.

pueblo de Judá, sino también de las comunidades extendidas por el mundo». Esa ancla surgió de una amalgama unificada con un intencional hilo narrativo de escritos sagrados, textos históricos, leyendas, cuentos populares, anécdotas, profecías, propaganda monárquica, antiguos poemas y relatos épicos. No olvidemos que Jeremías fue profeta en tiempos de Josías. El resultado fue un texto apologetico, que otorgaba respaldo divino a la erradicación de cualquier culto que no fuera el del dios elegido para ser el único dios del pueblo elegido, valga la redundancia:

¿Acaso algún pueblo cambia de dioses? / –y eso que no son dioses–. / Pues mi pueblo ha cambiado su gloria / por dioses inútiles (Jer. 2-11).

Tu maldad te castiga, / tu infidelidad te condena. / Experimenta y aprende / qué doloroso y amargo es / abandonar y no honrar al Señor tu Dios (Jer. 2-19).

Una de las consecuencias de la adopción de una visión monoteísta del mundo fue que se anulaba automáticamente la dualidad divina, que incluía en su esencia un principio masculino y otro femenino. En gran parte de las cosmogonías, la creación comienza a partir de la aparición de una primera pareja divina: una pareja que procede de la divinidad Una y andrógina, que da lugar a todas las demás generaciones de dioses y, como consecuencia, a la posterior creación del hombre. Así, en Egipto, del autocreado Atum-Ra surgen, primero, Shu, elemento masculino que representa la atmósfera, y Tefnut, diosa de los abismos. En el Popol Vuh están el dios Hun-Hunahpú y la virgen Ixquic, padres de los gemelos héroes de la epopeya maya. En la idea china del Tao, los principios duales del yin y el yang surgen del Taiji o unidad cósmica. En el Enûma Elish babilonio se dice:

Cuando en lo alto los cielos no habían recibido un nombre,
ni abajo la tierra había sido dotada de nombre alguno,
Apsú el primero, su progenitor,
y la madre Tiamat, la que a todos ha engendrado,
mezclaron entre sí sus aguas.

El antropólogo Mircea Eliade, en *Lo sagrado y lo profano*, mostraba hasta qué punto no sólo lo masculino, sino también lo femenino, forman parte, indisolublemente, de la cosmovisión ancestral del ser humano:

La mujer está, pues, solidarizada místicamente con la Tierra; el parto se representa como una variante, a escala humana, de la fertilidad telúrica. Todas las experiencias religiosas en relación con la fecundidad y el nacimiento *tienen una estructura cósmica*. La sacralidad de la mujer depende de la santidad de la Tierra. La fecundidad femenina tiene un modelo cósmico: el de la *Terra Mater*, la *Generatrix* universal.

Podríamos ilustrar de una manera amplia hasta qué punto la dualidad divina masculino-femenina ha estado viva y presente en el imaginario humano desde muy antiguo. Una visión que responde a la realidad natural del mundo, donde coexisten y conviven ambos elementos como entidades complementarias, y no opuestas y en lucha, como ahora muchas veces se nos quieren presentar. En este sentido es interesante observar cómo algunos descubrimientos recientes están cambiando la forma en la que, hasta el momento, se imaginaba la estructura de las sociedades más primitivas, donde los hombres se dedicaban a la caza y a ejercer de jefes de la tribu, mientras que las mujeres se enfocaban en la recolección y la crianza de los niños. Ahora, a raíz de diversos hallazgos en el yacimiento de Wilamaya Patjxa (Perú), se ha visto que entre el 30 y el 50 % de las mujeres no sólo eran cazadoras, sino que algunas también tenían un estatus elevado dentro de su tribu. Los estudiosos se plantean por este y otros descubrimientos similares que las mujeres cazadoras no fueron una rareza dentro de las sociedades de finales del Pleistoceno y principios del Holoceno, y que la división del trabajo por género como *establishment* fue bastante posterior y por razones que aún no se conocen muy bien. Asimismo se sabe que los artistas que ejecutaron las pinturas y demás muestras de arte rupestre fueron tanto hombres como mujeres, así como que había mujeres guerreras, que viaja-

ban, que cazaban y que hacían muchas de las tareas que hoy se consideran propiamente masculinas, pero que no siempre ha sido así.²

Pero centrémonos en el culto mariano. Como parte que eran del judaísmo, los primeros cristianos en tiempos de los apóstoles mantuvieron las costumbres y tradiciones de la ley mosaica, pero también tuvieron que convivir con las costumbres paganas, algunas de fuerte influencia griega, una sociedad mucho más restrictiva con el papel social de la mujer que, básicamente, era inexistente. Con la conversión de san Pablo, el evangelio pasó de ser exclusivo de un grupo de judíos que creían que Jesús era el mesías, pero observaban las tradiciones de su pueblo, a extenderse por el mundo pagano. El tema de la virginidad de María fue uno de los que se usaron en esos primeros tiempos para atacar al cristianismo. Celso, filósofo platónico del siglo II en su *Discurso verdadero contra los cristianos*, inicia su crítica poniéndose en el papel de un judío que contesta a Jesús sobre su origen divino y la visión que se tenía de su concepción y nacimiento:

Comenzaste por fabricar una filiación fabulosa, pretendiendo que debías tu nacimiento a una virgen. En realidad, eres originario de un lugarejo de Judea, hijo de una pobre campesina que vivía de su trabajo. Ésta, culpada de adulterio con un soldado llamado Pantero, fue rechazada por su marido, carpintero de profesión. Expulsada así y errando de acá para allá ignominiosamente, ella dio a luz en secreto. Más tarde, impelida por la miseria a emigrar, fuese a Egipto, allí alquiló sus brazos por un salario; mientras tanto tú aprendiste algunos de esos poderes mágicos de los que se ufanan los egipcios; volviste después a tu país, e, inflado por los efectos que sabías provocar, te proclamaste dios.

Lo cierto es que, durante los primeros siglos del cristianismo, María no era más que un personaje accesorio en los Evangelios. Su papel se limitaba a haber sido elegida como receptáculo por Dios y de ser, en palabras de san Ireneo de Lyon (130-202), la segunda Eva, una mujer

2. Conviene leer el libro de Marga Sánchez Romero *Prehistorias de mujeres*.

pura por medio de la cual Dios desharía el daño causado por la primera con el pecado original (aunque hasta el Concilio de Trento, en el siglo XVI, no se estableció finalmente el decreto de que María, virgen, era el único ser humano nacido sin pecado original, y cuando comenzaron a proliferar, al menos en España, infinidad de representaciones de la Inmaculada Concepción). A pesar de estas consideraciones, colaterales a la necesidad de proporcionar solidez a la encarnación del hijo de Dios, no se puede decir que fuera objeto de algún tipo de culto especial en aquellos primeros tiempos, ya que se trataba, simplemente, de una mujer. En cierto modo era una actitud habitual hacia el sexo femenino en general en aquella época, tanto en la sociedad judía como en la griega. Según explica Belkis Rogovsky, maestra de hebreo bíblico del Instituto de estudios bíblicos de Israel:

El Talmud determina que las mujeres no debían aparecer en público pero, en caso de hacerlo, el hombre no debía entablar conversación con ella aun si fuera su esposa. En el hogar, el anfitrión de los visitantes masculinos era el hombre. Ellas comían solas y procedían a realizar las bendiciones correspondientes. [...] Un texto griego señala que una mujer que sale de su casa debe estar en un periodo de su vida en el cual aquellos que se encuentran con ella no pregunten de quién es esposa sino de quién es la madre. [...] Sabemos que era común entre los clásicos griegos mencionar que la mujer era inferior al hombre o colocarla al mismo nivel que los niños o los esclavos.

A pesar de esto, los evangelios dibujan un trato hacia las mujeres muy distinto y, de alguna forma, revolucionario por parte de Jesús. Según José María Blázquez, en *Cristianismo primitivo y religiones místicas*:

La actitud de Jesús respecto a las mujeres fue avanzada si tenemos en cuenta la mentalidad de su tiempo. No rehuyó el trato con mujeres pecadoras y en general con las mujeres. Aceptó sus servicios; alabó su fe y su generosidad; las hace protagonistas de sus milagros y parábolas. Jesús amó a las mujeres.

Quizá por esto, en algunas comunidades cristianas el papel de las mujeres era más activo, algo que sin duda debió influir en el gran número de ellas que se sumó a esta doctrina en sus primeros momentos. Según Blázquez, en las cartas paulinas se mencionan mujeres que actúan como cabezas de familia, tienen riquezas propias, ejercen como comerciantes, viajan con sus esclavos e, incluso, dentro de la comunidad, bautizan sin permiso de los maridos o desempeñan el mismo papel que los varones, orando, profetizando y colaborando con el mismo Pablo en la tarea de predicar el Evangelio. En algunos textos se mencionan mujeres como fundadoras de iglesias y, en la primera carta de Pablo a los Corintios 9-5 se lee: «¿No tenemos derecho a que nos acompañe una mujer cristiana lo mismo que a los demás apóstoles, los hermanos del Señor y el mismo Pedro?». Refiriéndose, como explica Blázquez, a que los apóstoles estaban casados y sus esposas los acompañaban en la prédica del Evangelio. No en todas las ciudades fueron bien vistas estas libertades por parte de las mujeres, y la Iglesia de Roma tardó poco tiempo en prohibirles, como veremos, estas actividades dentro de las comunidades, prohibición que no tuvieron en cuenta algunos grupos cristianos.

Recordemos que la doctrina cristiana se escindió rápidamente en diversos grupos según la afinidad que tenían por unas ideas o por otras, en muchos casos en relación con la naturaleza divina y humana de Cristo y con su nacimiento de una virgen, pero también acerca del comportamiento de la mujer dentro de la Iglesia. Así, durante los siglos II y III conviven distintas formas de incluir a las mujeres dentro de las comunidades cristianas. Pablo, en su carta a los Gálatas³ (3-28), afirma que tras el bautizo «ya no hay distinción entre judío y no judío, entre esclavo o libre, entre varón y mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús»; por eso, en las comunidades que estaban en la línea de Pablo era más fácil encontrar mujeres en el papel de maestras, evangelistas, curanderas, sacerdotisas o como directivas y, por la misma razón, los gnósticos valentinianos también consideraban a hombres y mujeres iguales ante Dios.

3. Los gálatas eran uno de los pueblos celtas (galos) que se asentaron en la zona de Anatolia.

Alrededor del año 200, las diferencias entre grupos se fueron decantando en un único sentido. Algunos años antes, el teólogo Marción, a quien se le considera el primer hereje del cristianismo, influido por el gnosticismo, había predicado contra la inclusión del Antiguo Testamento dentro de la doctrina cristiana, pues no consideraba que el dios judío fuera realmente Dios, sino una figura equiparable al demiurgo. Como seguidor de Pablo, Marción sitúa a las mujeres al mismo nivel que a los hombres, y no tuvo ningún problema en ofrecerles cargos de sacerdote u obispo. Asimismo, en las comunidades gnósticas marcosianas,⁴ las mujeres participaban en la administración de los ritos y tenían consideración de profetisas. Ciertamente, esta posibilidad de ejercer un rol activo dentro de la vida comunitaria resultó muy atractivo para muchas mujeres, que optaron por adherirse sobre todo a estos grupos. Esto fue visto como en extremo peligroso a los ojos de otros teólogos cristianos como Tertuliano o Ireneo. Este último afirmaba, según Blázquez, «que las mujeres se sentían especialmente atraídas por los grupos heréticos», y Tertuliano, en *De cultu feminarum*, sostenía lo siguiente:

Tú (la mujer) eres la puerta del diablo, tú eres la que tocaste aquel árbol prohibido, tú eres la primera que abandonaste la ley divina; tú destrozaste con toda facilidad al hombre Adán, que era imagen de Dios; por lo que conseguiste con ello, es decir, la muerte, tuvo que morir el hijo de Dios.

Fueron tiempos tremendamente convulsos para el cristianismo. Tiempos en los que pasó de dócil cordero a sangriento lobo, muchas veces contra sus propios hermanos. El mismo Celso se sorprende ante la cantidad y diversidad de derivaciones cristianas que había en su tiempo, una acusación que, además, no carecía de importancia, dado que el desacuerdo entre filósofos era, justamente, el argumento esgrimido por los cristianos frente al paganismo para justificar su falta de validez:

4. Seguidores de Marcos, uno de los discípulos del gnóstico Valentín.

Resulta todavía difícil de creer que entre los cristianos, unos confiesan tener el mismo Dios que los judíos; otros lo niegan, pues afirman que el que envió al hijo es un Dios opuesto al primero. Conozco igualmente muchas otras divisiones y sectas entre ellos: los sibilistas, los simonianos, y, entre éstos, los helénicos del hombre de Helena o de Helenos, su maestro; los marcelinianos, de Marcelina; los carpocratianos, salidos unos de Salomé, otros de María, otros de Marta; los marcionistas nutrense de Marción; otros incluso se imaginan unos a tal demonio, otros a tal maestro, aquéllos a tal otro, y se sumergen en espesas tinieblas, se entregan a desdenes peores y más ultrajantes aún para la moral pública de aquellos que, en Egipto, practicaban los compañeros de Antínoo. Se injurian hasta la saciedad los unos a los otros con todas las afrentas que les pasan por las mentes, rebeldes a la menor concesión en son de paz, y están animados de un mutuo odio mortal. Todavía, estos hombres encarnizados los unos contra los otros, intercambiándose los más encarnizados ultrajes, tienen todos en la boca las mismas palabras: «El mundo fue crucificado por mí y yo soy por el mundo...».

Ante tal situación, está claro que la única solución posible era que el grupo más fuerte acabara sometiendo a los demás, lo que terminó derivando en duras escisiones en el seno de la Iglesia y no pocas luchas intestinas. Paulatinamente, a través de los distintos concilios ecuménicos, se fue perfilando una única doctrina basada en unos textos elegidos como canónicos, se dictaminaron herejías, se resolvieron algunos cismas y se decretaron las normas y los dogmas por los que deberían regirse todos los cristianos. Así fue como la Iglesia dictaminó diversas prohibiciones sobre el papel de la mujer, algunas de las cuales fueron mencionadas por Tertuliano en el siglo II: «No está permitido que una mujer hable en la Iglesia, ni le está permitido enseñar, ni bautizar, ni ofrecer la eucaristía, ni reclamar para sí una participación de alguna función masculina [...] por no mencionar ningún cargo sacerdotal».

Fue durante el controvertido Concilio de Éfeso cuando se dio un curioso acontecimiento, que obligó a revisar el papel de la Virgen Ma-

ría en el seno de la Iglesia. La cuestión de la doble naturaleza de Cristo, humana y divina, fue motivo de muchas críticas por parte de los filósofos paganos, pero también fue un dogma difícil de tragar para algunos patriarcas dentro de la misma Iglesia. Celso ya se mostró sorprendido por la extraña idea de que un dios se decidiera encarnar como humano:

Entre cristianos y judíos están los que declaran que un Dios o un hijo de Dios descenderá a la tierra para justificar a los hombres, otros que él ya vino: idea tan pueril que en verdad no necesita de un largo discurso para ser refutada.

En el siglo V, el patriarca de Constantinopla Nestorio, precisamente a raíz del dogma de la identificación de Cristo con Dios, puso en duda la virginidad de María, afirmando que de ninguna manera podía ella, como mujer mortal, ser la madre de un Dios. En todo caso, ella habría sido la madre de un hombre que compartía elementos divinos y valores humanos. La historia cuenta que durante una discusión con un monje que afirmaba que María no era la madre de Dios, Nestorio convino en que a María se la podía llamar Madre de Cristo por ser la madre de su naturaleza humana, pero de ninguna manera se la podía llamar Madre de Dios. Dado que la postura de Nestorio era compartida por otros patriarcas, con la vana intención de evitar un cisma, el emperador Teodosio II decidió convocar un concilio en Éfeso en el que Nestorio acabó siendo declarado hereje y sus obras, destruidas, entre otras cosas por su peligrosa proximidad con las ideas arrianas sobre la (no) virginal maternidad de María, que ya habían sido condenadas algunos años antes, en el I Concilio de Constantinopla, aunque no habían logrado detener su expansión. Según recoge el *Denzinger*, el Concilio acordó lo siguiente:

Pues, no decimos que la naturaleza del Verbo, transformada, se hizo carne; pero tampoco que se transmutó en el hombre entero, compuesto de alma y cuerpo; sino, más bien, que habiendo unido consigo el Verbo, según hipóstasis o persona, la carne animada del alma racional se hizo hombre de modo inefable e

incomprensible y fue llamado hijo del hombre, no por sola voluntad o complacencia, pero tampoco por la asunción de la persona sola, y que las naturalezas que se juntan en verdadera unidad son distintas, pero que de ambas resulta un solo Cristo e Hijo; no como si la diferencia de las naturalezas se destruyera por la unión, sino porque la divinidad y la humanidad constituyen más bien para nosotros un solo Señor y Cristo e Hijo por la concurrencia inefable y misteriosa de la unidad... Porque no nació primeramente un hombre vulgar, de la santa Virgen, y luego descendió sobre Él el Verbo; sino que, unido desde el seno materno, se dice que se sometió a nacimiento carnal como quien hace suyo el nacimiento de la propia carne... De esta manera [los Santos Padres] no tuvieron inconveniente en llamar madre de Dios a la santa Virgen.

Ni que decir tiene que, con el Concilio de Éfeso, no quedó zanjado tan espinoso asunto. De hecho, éste es uno de los concilios que no aceptaron la Iglesia asiria del Oriente y la Antigua Iglesia del Oriente, que siguieron defendiendo las ideas nestorianas. Algunos siglos más tarde, en el Concilio de Trento (1545-1563), aparte de reafirmar el Credo Niceno-Constantinopolitano, se decretó, como mencionábamos antes, que la Virgen María había nacido sin pecado original y se confirmó el dogma del culto a la Virgen y a los santos.

[...] Declara que se deben tener y conservar, principalmente en los templos, las imágenes de Cristo, de la Virgen madre de Dios, y de otros santos, y que se les debe dar el correspondiente honor y veneración: no porque se crea que hay en ellas divinidad, o virtud alguna por la que merezcan el culto, o que se les deba pedir alguna cosa, o que se haya de poner la confianza en las imágenes, como hacían en otros tiempos los gentiles, que colocaban su esperanza en los ídolos; sino porque el honor que se da a las imágenes se refiere a los originales representados en ellas; de suerte que adoremos a Cristo por medio de las imágenes que besamos, y en cuya presencia nos descubrimos y arrodillamos; y veneremos a los santos, cuya semejanza tienen: todo lo cual es lo

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
--------------------	---

PRIMERA PARTE

1. ORIGEN DEL CULTO MARIANO.....	15
María, Madre de Dios	26
María, virgen	29
Las primeras representaciones de María	40
Cibeles	45
Isis	56
2. LA LÍNEA DEL TIEMPO.....	65
La identidad humana	65
En nuestras raíces	77
Lo sagrado en lo profano	83
La interpretación de la naturaleza	86
3. LOS CULTOS FEMENINOS EN LA ANTIGÜEDAD EUROPEA	97
Los primeros humanos	107
La importancia de lo que no hay.	111
La vida hasta el III milenio a. C.	118
Anatolia	123
La cultura celta	132
La influencia druida en el cristianismo	146
4. LA MARCA DEL LUGAR	163
Las Vírgenes negras.	180
Guadalupe	184
Breve conclusión.	195

SEGUNDA PARTE

DICCIONARIO DE ELEMENTOS SIMBÓLICOS RELACIONADOS . . .	199
Agua	199
Águila	200
Andrógino	201
Árbol	202
Blanco	203
Cuernos	203
Cueva	205
Estrella	206
Fuego	207
León	208
Luna	208
Madre	210
Mar	210
Montaña	210
Negro	211
Osa	213
Peregrinación	214
Perro	215
Piedra	216
Serpiente	218
Sol	219
Tierra	220
 BIBLIOGRAFÍA	 223
Libros	223
Artículos	226
Páginas web	229